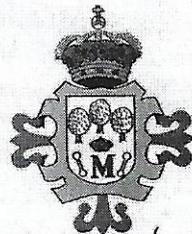


MANZANARES

FIESTAS PATRONALES



**Nuestro Padre
Jesús del Perdón**



Septiembre, 1992

Excmo. Ayuntamiento de Manzanares

Pregón 1992

Bernardo Fdez.-Pacheco Villegas

Hermano Mayor, Junta de Gobierno y Hermanos de la muy Ilustre, Fervorosa y Antigua Hermandad y Cofradía de Ntro. Padre Jesús del Perdón.

Párrocos y sacerdotes de Manzanares; Autoridades municipales; Sras. y Sres.:

Pregonar la inminente festividad y conmemoración de las fiestas de Ntro. Padre Jesús del Perdón, patrón de Manzanares, sería para mi sencillo de no reunirse en mi persona la doble condición de manzanareño y miembro de la Hermandad desde los primeros años de mi vida.

Sería sencillo porque ante un fenómeno tan singular como la historia de Ntro. Padre Jesús del Perdón, el de la centenaria Hermandad que dirige, administra y canaliza sus manifestaciones religiosas, y la íntima vinculación de ambas con la población de Manzanares, no faltarían aspectos y contenidos idóneos para confeccionar un pregón. Documentos escritos y tradiciones orales, en conjunto, son una fuente inagotable de inmejorables recursos, de los cuales extraer el mensaje más oportuno ante unas circunstancias determinadas.

La dificultad aparece cuando uno experimenta el doble valor de las palabras. Cuando sospecha primero y confirma después, que el lenguaje que va utilizar no tiene un valor exclusivo de comunicación. Las palabras no sólo transmiten ideas o conceptos; también transmiten emociones. Y preso de las palabras me hallo.

No será, pues, este pregón un mensaje ecléptico y desapasionado; todo lo contrario, será un mensaje, sobre todo, emocional, ... visceral. En él cada idea va impregnada del sentir más íntimo de mis raíces biológicas y culturales: No en vano nací en el seno de una familia manzanareña profundamente arraigada a los usos, costumbres y tradiciones

locales. Y en no vano recibí el influjo de dos hombres que fueron miembros activos de la Hermandad y componentes de la Junta de Gobierno durante largos años: mi abuelo Andrés, a quien muchos de vosotros recordaréis, y mi propio padre, de quien estoy seguro, los que lo conocisteis, guardaréis una imagen tan reciente como grata.

No son neutras ni tibias mis reacciones ante Jesús

del Perdón porque desde aquel inmemorable paseo: al Cristo de la Agonía cuando me explicaron, por primera vez y en versión infantil, la historia del general francés y el cura del pueblo, habrán sido centenares de veces las que, con matices diferentes, he escuchado la misma historia de labios de las más diversas personas. No son neutras ni tibias mi reacciones porque siendo niño, y mientras esperaba el final de aquellas juntas que presidía D. Pedro González Román, pasé demasiadas horas en los bancos de la ermita de la Veracruz,



confundido por el permanente ir y venir del devoto besapiés, si era viernes, y por el sonoro bisbiseo de las oraciones masculladas; siempre bajo la atenta vigilancia del imperturbable monaguillo de cara bonachona, cuya mirada, para mi tan insondable y misteriosa como la de la mismísima Gioconda de Leonardo nunca pude descifrar. No son neutras ni tibias mis reacciones porque besé muy pronto al envés del terciopelo morado en una noche fría de Jueves Santo y mi mano ha apretado desde entonces, cada año, la coyuntura de madera y latón que evita el descalabro del farol de nazareno. Porque he visto, ¡tantas veces!, el rostro transfigurado de mis vecinos y paisanos, recibiendo con ello esa impresión de la fe ajena que termina por moldear la propia.

No soy neutro ni tibio ante todo lo que representa Ntro. Padre Jesús del Perdón porque pesa

sobre mi el silencio de las gentes de Manzanares ante la imagen venerada: el de la anciana que aún mantiene en su retina los nobles rasgos del antiguo Cristo del Perdón; el del hombre maduro y fuerte que ante el peso de sus responsabilidades no pierde un ápice de dignidad musitando una íntima plegaria; el de la niña que en brazos de su madre parece hipnotizada por una presencia incomprensible; el silencio insólito del adolescente que estrena chaqueta y compañía, el del necesitado que suplica con labios temblorosos, el del agradecido que ebrio del olor a cera soporta en sus pies la dureza fría del suelo de las calles.

Y todos los silencios, los infinitos silencios que se han dado y se seguirán dando ante la imagen de nuestro patrón pesan sobre mí. Pesan sobre mi ahora, en el intento de comunicarnos algunos de mis pensamientos, interrogantes, contradicciones quizás, verdades y valores en la duda, en definitiva que agrupados en tres proclamas diferenciadas –La de la Historia, La del Humanismo y La de la Vigencia– conforman este pregón.

Proclama de la Historia

Todo acontecimiento crucial en la vida de un pueblo debe recordarse cuando llega la ocasión. Resulta, pues, imprescindible traer hoy a la memoria aquel célebre Viernes Santo de 1809 cuando un hombre, un andaluz de Lucena, a la sazón párroco de Manzanares obtuvo el perdón de un General francés en campaña de guerra.

Después de conocido el cuadro del famoso pintor, también francés, Adrien Dauzats que guarda el museo de Narvona y que debió realizarse en fechas muy próximas a 1809 –incomprensiblemente en el desconocimiento de los manzanareños hasta hace cuatro años– puedo imaginarme a aquel cura, hombre valiente e inteligente en los trajines de ese día, yendo y viniendo, cruzando nuestra hermosa plaza, desocupada y libre por entonces de adornos y setos, tranquilizando a las, con razón, preocupadas gentes que en inmensa mayoría estarían recogiendo sus más preciados enseres, dispuestos a ponerse a salvo, escapando de la segura masacre. No resulta difícil seguir a la inusual procesión escoltada por los muros de las solidas posadas, transitando a orillas del Azuer, limpio y cargado con las aguas bravas de primera como era natural cada año, camino del altozano para tomar la dirección de Valdepeñas.

El impresionante arrojó y decisión del párroco encuentran un contrapunto no menos grandioso

en la figura y reacción del General Sebastiani, personaje en el que quisiera centrar la atención. Si en toda guerra, al margen de las razones últimas que lanzan a las armas, se ponen a prueba los hombres y mujeres como en ninguna otra ocasión, la figura de Sebastiani resplandece con luz propia con la luz que alumbra al vencedor magnánimo. No siempre ha conocido Manzanares en su historia esta generosidad del poderoso y dueño de la situación. Aquel gabacho no conocedor de la derrota acepta el cuerpo a cuerpo con un simple párroco, y trasunto el uno del otro, bajo tan diferentes ropajes como los de general y cura, cobijados por el internacional lenguaje de la sinceridad y la nobleza, se comprenden y llegan a un acuerdo. La conversación entre ambos, en castellano, cómo no, –no están hechas para españoles las lenguas ultramontanas– no puede alejarse demasiado de lo que nos cabe especular; ya que el contexto limitaba en extremo las posibilidades de divagación. Aunque a la postre el contenido será un secreto que los interlocutores se llevarán consigo. Y allí desde la pequeña altura que domina la población, Sebastiani oficia como maestro. Los alumnos no fueron sólo las tropas dispuestas para entrar a saco y cuchillo o para iniciar un bombardeo demoledor. Los alumnos sobre todo fueron los vecinos de Manzanares.

El noble gesto del general y el contexto histórico local suelen olvidarse y pasan desapercibidos en la tradición oral. En las narraciones verbalizadas que a mi me llegan, se enfatizan los símbolos, la faja y el bastón, sin profundizar en el significado; como si de un mensaje hermético dirigido a iniciados se tratase, no se resalta ni magnífica el comportamiento del francés.

Los niños y niñas de Manzanares que tienen la suerte de recibir el relato de los hechos, lo hacen como si de una leyenda se tratase. Aún no se ha producido el deseable acercamiento sistemático desde los Centros de Enseñanza que la historia requiere. Y ésto es así a pesar del reconocimiento didáctico a la importancia del estudio de la historia local.

Lo mismo que el análisis del gesto de Sebastiani también queda en el olvido los manzanareños ilustrados, aquellos que se han venido denominando con el despectivo vocablo de afrancesados. Hoy, desde los valores democráticos que rigen nuestra convivencia es preciso reconocer su más que posible contribución al perdón, alejando el anatema de traidores que ha venido pesando sobre ellos; ya que si bien los hubo que colaboraron con el ejército

invasor, los más eran españoles comprometidos con el nacimiento y creación de una nueva España.

Aquellos hombres, tan españoles como el que más, soñaban con lo que nosotros hemos visto hecho realidad: la integración en Europa y la ruptura de los Pirineos como frontera natural de la cultura, el desarrollo y el progreso. ¿Cuál fue el cometido de aquel grupo de personas en un medio tan cargado donde la muerte violenta se había convertido en algo cotidiano? ¿Qué lazos los unían con las autoridades civiles o con el mismo Sotomayor? No puedo creer que el puñado de ilustrados que estuviese en Manzanares aquel viernes santo permaneciera impasible ante las noticias de la venida de Sebastiani más conociendo sus intenciones. Prefiero creer la hipótesis de una intervención mediadora a favor de una ciudad, que también era la suya.

Pero poco o nada sabemos del tema. Seguramente la diáspora que ha perseguido a los españoles durante cinco siglos clavará en ellos sus garras alejándolos definitivamente del lugar que les vio nacer. Y es que la primera década del siglo XIX bramó como un anticipo del brutal torbellino político y social que recorrió desde entonces nuestro país, sin tregua ni descanso. Tan sólo mi generación ha conocido la paz.

Gracias General Sebastiani por la lección de paz en la guerra. Gracias por los símbolos que aquí dejaste como testimonio de fraternidad y tolerancia con los que eran tus enemigos. Gracias, también, al afán, en apariencia valdío de vosotros los manzanareños, que desde un radical amor a España y detestando la invasión y el sometimiento a una potencia extranjera, acariciasteis a oscuras los lomos de una Enciclopedia, y recogiendo la semilla del Padre Feijoo, Jovellanos y tantos otros descontentos con la incultura, el oscurantismo, la superstición y la ignorancia, aportasteis una iniciativa de progreso. Hoy desde 1992 os podemos decir que vuestros sueños son, por fin, una realidad.

Proclama del humanismo

Con el presente siglo vamos a terminar un periodo de la evolución humana sobre el que pendía un firme y ampliamente consensuado augurio: la sustitución del pensamiento religioso por el científico; la superación de la religiosidad como fenómeno humano por un racionalismo materialista dirigido por científicos. No ha sido así.

Mientras el caballo de Sebastiani hollaba las tierras de La Mancha las plumas y las voces de

Fourier y Saint Simón recreaban el socialismo utópico y preparaban las bases del pensamiento marxista, que en su posterior desarrollo vaticinó el fin de la religión. Hasta 1989 acariciaron algunos la quimera. Su predicción, como tantas otras no se ha visto cumplida. La utopía científica ni siquiera ha esbozado sus comienzos. La religiosidad no ha desaparecido. Se han producido, sin embargo, notorios cambios, que apuntan, principalmente en Europa, hacia una diferente relación del hombre con la Divinidad, hacia una heterodoxia en el lenguaje del hombre con Dios.

A mi parecer esta nueva religiosidad, esta teología popular, personal y subjetiva, refleja a la perfección las notas más características de la relación del manzanareño con su patrón. Es una comunicación íntima y directa que suele escapara a los convencionalismos, una comunión carente de liturgia. Esta dimensión humana, esta faceta presente en tantos hombres y mujeres de Manzanares representa un patrimonio humanístico de valor incalculable.

Si bien es cierto que abre posibilidades operativas para los «don Guidos» de turno, como denuncia el poeta, hombres ajenos al mensaje cristiano que sin embargo no faltan a la procesión, no dejan de acudir al consuelo eclesiástico en sus últimas horas, el patrimonio religioso de Manzanares se alza con sincero fervor alrededor de la ermita y la imagen de Jesús del Perdón.

Todo intento de extensión o profundización del mensaje evangélico en nuestro pueblo debe reconocer la importancia de esta secular realidad y no alejarse de esos parámetros de fe popular si desea ser fructífero.

Quien dude de esta afirmación que lea en los rostros de las gentes que acompañarán al Cristo el próximo 14 de Septiembre.

Es un fervor popular con las raíces bien clavadas en las generaciones que nos precedieron y resulta particularmente contagioso –muchas personas no nacidas en Manzanares pero afincadas algunos años entre nosotros engrosan las filas de acompañantes–. A mi juicio se trata de un patrimonio que debe cultivarse y ofrecerse a las generaciones venideras.

Detrás de la íntima devoción se esconde una particular manera de entender la vida y la muerte. Manera que admite retoques y perfeccionamientos pero que es esencialmente válida para la configuración de un humanismo cristiano, actual y ligado a una realidad contextual que se llama Manzanares.

Proclama de la vigencia

La historia de Ntro Padre Jesús del Perdón, la obra de Álvarez de Sotomayor, la lección del General Sebastiani... ¿Siguen estando vigentes, tienen valor de actualidad en el medio social y cultural de 1992? Esta es una pregunta que, sin recoger respuesta, quisiera dirigir a cada uno de los que me escucháis, en la confianza de que con la rapidez y simultaneidad del pensamiento analicéis acuerdos y divergencias entre vuestro criterio y el que yo voy a ofrecer.

Mi contestación a la pregunta es un rotundo SI. La decisión de Sotomayor, el gesto de Sebastiani, la lección del Perdón que se resume en el hombre con la cruz acuestas, es una experiencia no asimilada, mal aprendida u olvidada por los hijos de Manzanares, por nosotros, por los descendientes de aquellos que recibieron a gritos al antiguo Cristo Arrodillado y a su párroco, con el corazón henchido por la catarsis del momento.

La filosofía del perdón ha sido precisamente la gran ausente en la convivencia entre los manzanareños. Yo diría que el mismo 29 de Marzo de 1809 se inicia una escalada de violencia donde la intransigencia, la intolerancia y la descalificación del contrario, como filosofía antagonista a la representada por el Cristo, crecen soterradas y estallan, al fin, en los tristes, lamentables y vergonzantes sucesos de la Guerra Civil. Aquellos momentos, los más álgidos desde la invasión napoleónica, fueron el test, la prueba que los manzanareños demostraron no conocer. Por el contrario si demostraron, que en determinadas oportunidades, que en situaciones límites la sangre aflora con facilidad en nuestras calles. La rabia contenida y la violencia alcanzaron al propio Cristo del Perdón y la venerada imagen sucumbió ante la barbarie, entre olor a pólvora y gasolina. No hubo perdón ni en el 36 ni en el 39, el fantasma de la destrucción y la muerte se enseñoreó de la ciudad en medio de una tragedia mayor que la provocada por las tropas francesas durante la guerra de la Independencia. En el recuento final aparece como excepcional la familia que no recoge alguna pérdida. ¿Donde quedaron los ejemplos del tenaz párroco y del magnánimo general?... en el olvido, enterrados por el odio y la venganza como filosofía vital.

Y el hecho es que el Perdón que el Nazareno nos trae no es solamente un perdón divino, sobre todo lo es humano; el perdón como respeto y tolerancia el Perdón como fundamento de la convivencia. Así lo entiendo yo. Y la pregunta que me

asalta a continuación no puede ser otra que la siguiente: ¿Si las circunstancias nacionales e internacionales cambiasen, si las leyes que nos obligan fuesen mancilladas o abolidas, si hubiese razón y oportunidad para la violencia, sería realmente tolerante la población de Manzanares? ¿Se ejercita implícitamente la comprensión y el respeto por todo lo que nos separa y diferencia? ¿Nuestra convivencia se basa en una tolerancia real o condicionada por el orden nacional?

Ahora mi respuesta no es tan rotunda. Es una duda, una incertidumbre que prefiero mantener. Mantener la duda y reivindicar la filosofía expresada en la imagen de Ntro. Padre Jesús del Perdón como mejor garantía para la Paz, para la Paz firme y duradera.

La filosofía del perdón no es la filosofía del olvido. El que perdona es un buen conocedor, alguien perfectamente informado. De nada vale «echar tierra y olvidar», en cuestiones trascendentales ese aforismo resulta un mal consejo, un camino cerrado que no conduce a ninguna parte. Las personas y los pueblos deben conocer sus antecedentes con la mejor documentación, con los máximos detalles. Si se cultiva la ignorancia, la falta de crítica, el miedo, el liderato incuestionable, el odio envejecido... no es posible comprender y mucho menos aplicar el mensaje del Nazareno.

La leyenda del Perdón, simple en una primera aproximación, se torna en complejo entramado que invita a la reflexión cuando la edad lo permite. Tras ella subyacen modelos de comportamiento admirables y formas de proceder cicateras y ruines: los vicios y virtudes de un pueblo en un momento apasionado y dramático. Cuando la muerte anuncia su presencia el héroe, pero también el villano, enseñan su faz.

Por encima de la distancia en el tiempo, después de casi doscientos años, la historia del Perdón se muestra válida y vigente porque el tejido que sustenta las relaciones interpersonales en nuestro pueblo es esencialmente el mismo. Los cambios tecnológicos han variado nuestras formas de relación con la naturaleza, pero han dejado intactas las sendas de interacción de los hombres y mujeres que vivimos en comunidad. Y esas sendas siguen llenas de obstáculos, fricciones, tensiones y dificultades. Pudieron llegar a convertirse, y en ocasiones lo hacen, en el infierno en la Tierra para muchas personas. ¿Cómo escapar de ellas? ¿Cómo encontrar una aceptable salida? Estas cuestiones siguen sin resolución generalizable ahora, como tampoco la

tuvieron en épocas anteriores.

La leyenda del Perdón nos ofrece en nuestro mismo pueblo y con nuestros antepasados como protagonistas una de las fórmulas más valiosas de la cultura cristiana puesta en práctica, una de las piedras actulares del mensaje evangélico que deja de ser una teoría o un ruego: un consejo sabio y universal que transforma y humaniza al que es capaz de llegarlo a ejercitar.

Y nada más; con el deseo de ver afirmarse los símbolos relativos a Ntro. Padre Jesús del Perdón en ideas concretas y plenas de contenido entre las gentes de Manzanares, como en el deseo de observar una evolución en el concepto histórico y en la aportación cultural del Cristo y La hermandad en la mente de las nuevas generaciones, con el deseo de ver incluida la historia de nuestro patrón en los programas de los centros de enseñanza de la localidad, anuncio el comienzo de todas las actividades previas y que durante el próximo 14 de Septiembre tendrán lugar con motivo de la festividad de Ntro. Padre Jesús del Perdón patrón de Manzanares. Y único líder indiscutible de la ciudad, por encima de toda humana y vanidosa pretensión. Festividades de las que, modestamente, he intentado ser digno pregonero.

No puedo dejar pasar la ocasión sin felicitar a todos los componentes de la Junta de Gobierno de la Hermandad por su entrega, sus desvelos y su afán por mantener viva la relación entre Jesús del Perdón y el pueblo de Manzanares. A vosotros hermanos mayores, os corresponde la difícil tarea de defender el valor humano de la filosofía del perdón en un mundo materialista donde la cara más pre-

sentable suele ser la de la arrogancia y la prepotencia. A vosotros os corresponde como a nadie entender la lección del General Sebastiani, enriqueciendo y documentando la tradición oral que tan eficazmente ha llegado hasta nosotros.

Mi más sincero agradecimiento por el honor que me habéis hecho al requerir mi presencia y colaboración como pregonero. Gracias por la confianza en mi depositada.

Desearía terminar no con mis palabras, sino con las de un consagrado poeta que bien conoció sufrimientos y pesares, y que pagó con su vida el triste sino de la intolerancia española. Desearía terminar con un sencillo soneto de Miguel Hernández, un Hombre que no conoció el perdón, dedicado a un Jesús Nazareno que bien pudiera ser Ntro. Padre Jesús del Perdón.

*Se horrorizan los ancianos, se conmueven las doncellas
enseñando las pupilas tras los mantos y los velos
anegadas por el llanto. Y las masas por los suelos
caen mostrando, de temores y dolor en la faz, huellas.
Enmudecen los clarines; no se escuchan las querellas
de tristesimas saetas, ni la voz de los abuelos
que pidieron van por Cristo. Y en el rostro de los cielos
como lágrimas enormes se estremecen las estrellas.
Reina un hórrido silencio que es tan sólo interrumpido
por redobles de tambores y algún lúgubre gemido
que se sube hasta los labios desde un pecho de fe lleno...
Y entre mil encapuchados con mil llamas de mil cirios,
con las carnes desgarradas aún más pálidas que lirios
y la cruz sobre los hombros, cruza, humilde, el Nazareno.*

Gracias.